

de Ramos Roa: éste, Flavio González, Castillo Negrete, Alardín, Cabrera y yo.

Salieron de la Penitenciaría hoy, Cárdenas y Aguilar.

Mi esposa me avisó que el juez primero había citado para audiencia de derecho en el incidente de mi libertad para mañana.

Ha habido, pues, un conjunto heterogéneo de buenas y malas noticias, de esperanzas y desfallecimientos.

Acabo de abandonar (las ocho de la noche) mi libro de electricidad para emprender la lectura de «La Llaga», del beato Gamboa.

En mi cruzía hay un silencio de sepulcro. En cambio, en la de enfrente se oyen gritos, cantos y aplausos.

Jueves 13 de noviembre de 1913.

A juzgar por tanto 13, el día será malo. Y, en efecto, empieza mal, pues supimos que Mr. Lind se retiraba a Veracruz en vista de lo inútil de sus gestiones para volver a la patria mía algo de su legalidad hecha jirones.

A la visita no vino mi esposa, sino mi cuñado y mis primos, que me dieron la mala noticia de que mi hijita Copina había estado muy mala, aunque ya la suponían mejor. ¡Lo dicho: el 13!

En vista de las malas noticias, yo creo que Huerta va a hacer una mascarada trágica parecida a la del «Judío Errante» Cipriano Castro; es decir, va a entrar en guerra, de pico, con todas las potencias del mundo; va a pretender aparecer gigante y patriota; presentará alguna acción de guerra, y cuando se crea perdido se escapará rumbo a Europa a disfrutar de los millones de sus economías. Sé que sigue la leva; luego faltan soldados, y como aquí en la Penitenciaría habemos 1,500 hombres, ¡qué difícil es que nos pongan el chacó!

El juez segundo ha logrado que algunos se desistan de su demanda de amparo; entre otros, López de Llergo y Moisés García.

Me ha interesado mucho «La Llaga», de Gamboa. El hombre doble, según yo, insigne novelista y mal político. Leí su

«Santa» cuando hacía una vez la travesía del lago de Pátzcuaro; la poesía del lugar equilibró las crudezas del realismo. Terminé la lectura en la hacienda de Buenavista, Zacapu, entre católicos que aborrecían a Gamboa por «indecente» y que hoy tal vez lo han postulado por «cristiano».

Gamboa, además de corrompido socialmente, lo ha de ser políticamente, y en «La Llaga» yo creo que habla con el corazón por boca de uno de sus personajes. «Déjese usted de oposiciones y de ideales, amigo, y ya que gusta de escribir en papeles, afirme y repita que el gobernador es grande hombre, y los jueces santos varones, honrados los que caudales ajenos manejan, piadosos los que castigan, y el ganancioso será usted, se labrará fortuna y nombre, y en el mismísimo México verémosle dictando leyes desde una curul». ¡Qué bien ha desarrollado tan substancioso programa político!

Tiene sus palabras de compasión para los presos de Ulúa: «Unos y otros (presos y soldados) eran los de abajo, los instintivos, los históricamente postergados y continuamente desposeídos de privilegios, tierras, derechos y granjerías; los doblados secularmente encima de los arados; los que siempre jadean bajo la pesadumbre de las cargas que enriquecen y benefician a los de arriba: al amo inacabable, ayer rey, presidente hoy, capitalista mañana y siempre amo; eran los que nunca se quejan, parias de todas las latitudes y de todas las épocas, que en racimos de padres, mujeres e hijos, viven sacrificados y ofrendando su sudor y su sangre a los poderosos». ¡Y pensar que así será la gran mayoría de ciudadanos (?) mexicanos!

Gamboa, nuestro Zolá, según dicen, va más allá de sus maestros: éste nos pinta en su desnudez al hombre-bestia; aquél va a la inmundicia máxima; describe un alumbramiento asqueroso de uno de los animales más asquerosos: la rata, en uno de los lugares más asquerosos del planeta, una galera de presos de San Juan de Ulúa. ¡Cualquier estómago resiste a Gamboa!

Por supuesto que aquella rata, «La Tambora», era consentida de los galeotes.

«Es la ternura de los huérfanos de ella, la servidumbre.

ineludible de nuestro corazón condenado, de querer a la fuerza! . . . y cuando le sirven a uno en estas honduras, se quiere lo único que las mismas saben darnos: ratas y sapos y demonios coronados. . . . Libre, quiere uno a las mujeres y a las flores; ¡pero aquí no! . . . Aquí, a las flores no les dejarían estos (por los galeotes) ni los pétalos. . . .» No he llegado a esa perfección. Esta mañana, mi querido presidente me obsequió leche agraciada con moscas, diciéndome filosóficamente que aquí había que acostumbrarse a ciertas cosas. Estuve a punto de deponer el estómago y aproveché un descuido de mi buen amigo para tirar el «moscatel».

Cuando los personajes de la novela de Gamboa hablan de tercera persona, pone el autor entre paréntesis (por Fulano). «No les dejarían éstos (por los galeotes)». «Comadre. . . sin usted y Ricardo, que en paz descanse, sin esta buena pieza (por Eulalio). . . .» «Claro. . . . porque el viejo (por don Martiniانو) y yo. . . .»

No sé por qué esta modita me cae tan en pandorga como el *ayer mañana*.

Al decir que los militares salidos del Colegio Militar habían sido y serían «paladines contra la fuerza, el atropello y la injusticia», no había sucedido lo de la Ciudadela; y ahora, ¿qué afirma usted, ciudadano Gamboa?

A veces Gamboa se remonta al país romántico. «Chapultepec. ¡Oh! bosque santo, bosque único, bosque mexicano, que naciste antes que nuestras dos historias, la india y la hispana; que has oído desde el rugido de las fieras hasta el canto de los niños; que vienes acompañando a las razas ancestras y a las razas filiales, y que, sin duda, nos sobrevivirás a nosotros y quizá también a nuestro definitivo desaparecimiento, cuando raídos por los males secretos que nos comen y de los que hasta hoy nunca quisimos curarnos, *nos acabemos*, o cuando menos nos acaben las razas más fuertes que nos acechan y codician. . . .» ¡Hasta parece otro y no el de «La Tambora».

Oído si no: «¿por qué nuestro destino casi siempre pende de una nonada, de un ademán, de una palabra? . . .»

¡Funesto 13! Ya para terminar permítes que el viento li-

gero traiga entre sus mallas ecos tristísimos de música lejana, como si a mi oído susurraran tristes quejas los seres que anidan en mi corazón, o como si tórtola herida mandara para mí sus tristes lamentos. ¡Josefina, enfermita mía, cómo pienso en ti con estas notas apenas escuchadas!

Viernes 14 de noviembre.

Cuando me lavaba la cara entró el preso que barre mi celda y dijo:

—¡Ah, señor, bien se conoce que a usted no lo obligaron, como a mí, a bañarse en agua helada por espacio de dos meses, diariamente y apenas amanecía! La aborrecí, señor.

¡Cosas del reglamento y de la raza!

El reglamento tiene asomos de civilización y mucho de barbarie. La raza tiene mucho de barbarie también y horror a determinadas exigencias de la civilización.

Preocupado por esto y con los relatos de Gamboa acerca de Ulúa, hablé de prisiones con Rodolfo Reyes, quien me manifestó que en su tiempo de ministro pugnó por acabar con estos monumentos de barbarie que nos legaron nuestros padres iberos; que obtuvo la clausura de Ulúa, prisión que después han vuelto a utilizar; quiso vender la cárcel de Belén, vergüenza e ignominia de nuestra capital, y con el millón de pesos que por ella daban construir una cárcel moderna, en donde no se mezcle el simple detenido con el criminal, ni al que se le sigue un proceso, sin saber aún si es culpable o inocente, con el que ya está sentenciado. Me refirió algunas de las infamias cometidas allí. Censuró el sistema penitenciario, que condena al hombre a la inmovilidad y al ocio y que en ciertos períodos lo corrompe. Me esbozó un proyecto para establecer colonias penales, por ejemplo en la isla Tiburón, del golfo de Cortés, a la altura de Hermosillo, isla riquísima que tenemos abandonada. Recordó lo que Inglaterra ha obtenido por esos medios. Dígalo elocuentemente Australia.

Por la tarde pregunté a Sarabia si Gamboa hacía relato fiel de Ulúa y me dijo que es pálida la descripción. Ulúa es peor. A Sarabia lo tuvo el Gobierno de Díaz—cuya Suprema

Corte funciona todavía y es la que nos juzga—tres años metido en inmundada bartolina, incomunicado del mundo, sin permitirle libros ni papel, por el delito de haber intentado una insurrección libertadora.

Hoy en varias conversaciones he sabido cuál fue la escuela de sangre del chacal Urrutia. Una vez operaba por laparotomía a una señora para extraerle un tumor. Al abrir el vientre encontró tres tumores y dijo al momento al esposo:

—Si quiere que saque los demás tumores tiene que dar tres mil pesos más.

Otra vez, al operar, al empezar la operación murió el paciente; el que ayudaba le dijo con voz queda la nueva al «maestro»; éste hizo una seña y siguió operando. Al terminar la operación hizo como que se daba cuenta de un accidente y desempeñó un sainete macabro como para intentar volver a la vida al que había muerto hacía veinte minutos. Así tenía derecho para cobrar la operación. ¿Qué tal escuela? ¡Con razón fue tan gran ministro!

Tuve el doloroso gusto de ver a mi hijita Copina. Claro, muy doloroso porque está malita y porque estoy preso. ¡Qué rabia!

Hoy no hice aprecio a las noticias, no sé si por mi estado de ánimo o por lo contradictorio de ellas. ¡Ya me carga demasiado este encierro tan injusto!

Acabamos de tener pequeña tertulia, medio desanimada. Referí en verso las aventuras del naufragio de Castillo Negrete.

Acabo de oír abrir y cerrar de puertas. Parece que ponen en libertad a Moisés García y a Carbajal. Don Pascual García, el juez, en «El País» dijo esta mañana que dichos diputados habían sido puestos en libertad ayer. Se le olvidó al periodista que era juez, y como juez no había cumplido y cumplió como periodista echando papas.

Dice el devoto Gamboa: . . . «y por primera vez pensó seriamente en darse muerte, ya que en todas ocasiones *morir es libertarse*». ¿Qué opinan los católicos que lo postularon acerca de tan bello principio? ¿Y de este otro que deja mal parado al libre albedrío?: «¿Qué vértigo maldito lo empujó al

crimen? ¿Qué poder incontrastable enderezó sus brazos y le crispó los dedos? ¿El *alcohol ingerido por su padre?*»

Pero tiene párrafos interesantísimos: «el deber de usted es acusar esta llaga (Ulúa) que ha visto y respirado, ponerla al sol, aunque su pestilencia y aspecto moleste y horrorice a los que únicamente se la calculan y a los que no la conocen. . . . Se taparán los ojos y la nariz, clamarán al cielo, lo injuriarán a usted denominándolo presidiario, inmoral, cínico. . . . ¡No importa! Usted no desmaye, siga exhibiéndola hasta que se cansen las manos de ello y se abran sus ojos, hasta que al aire de sus fiestas y retiros no se mezcle la hediondez de esta podredumbre que usted habrá atravesado como por un milagro. . . . Grítele a esos sordos lo que haya visto y sufrido, lo que existe tras la piedra y tras el hierro, lo que germina y palpita bajo los cráneos y los pechos de los reclusos; esta nuestra inmensa criminalidad heredada y en aumento, que por la incuria de esos sordos y de esos ciegos, por su palabrería huera, por su concupiscencia y sed de lucro, a cada instante estalla en ciudades y sierras, en poblados y desiertos, en todo este país vasto y sin ventura que podía ser patria, y es apenas aduar primitivo y salvaje; la inmensa criminalidad nacional, en alarmante progresión inatajada, con peligro cierto de que el mejor día se convierta en un gran incendio pavoroso que lo arrase todo: el ayer, el hoy y el mañana, los seres y las cosas, las conciencias y las almas».

¡Parece mentira que este majestuoso cóndor sea el mismo pigmeo reptil que arrastrándose en la tribuna de la Cámara de Diputados hubiera tratado de defender a Huerta de los salvajes asesinatos de diputados, cuando Alardín lo pulverizó con su risa y sus duros razonamientos.

Ya voy creyendo que las águilas acaban en reptiles. Si no, ved a Díaz Mirón. Por cierto que Marcelino Dávalos le ha hecho una hermosa composición catilinaria en verso, haciendo uso de los mismos pensamientos del excóndor.

Veré si el sueño me ayuda a olvidar los hombres y las cosas, miserias y dolores.

Sábado 15 de noviembre.

Amaneció nublado, como convenía al despecho nuestro. Hoy se reunió el nuevo Congreso.

El día transcurrió sin novedades dignas de mérito, salvo la presencia de un aeroplano en «aires» de la Penitenciaría y las carreras que Bernardito, el hijo mayor de Reyes, ganó a varios estimados representantes del pueblo.

Hubo, como de costumbre, fardos de noticias, de las que puedo sacar en limpio lo siguiente: Huerta dejará el Poder; plazo máximo, 15 días; se convocará a elecciones de Presidente, Vice, diputados y senadores; el Presidente interino será neutral; en el fondo de la guerra está el petróleo; Inglaterra lo ambiciona y sus tentáculos son lord Cowdray y Moheno; también lo quieren los Estados Unidos y se valen para ello de los rebeldes (?).

La «tertulia» comenzó agria; Palavicini la animó; Puig la condenó diciendo que ninguno de nosotros sabía ni recitar siquiera. Yo le forjé unos malos versos que inserto aquí y que merecieron el honor de ser festejados. Y a pesar de las amargas críticas de Puig, la «tertulia» se animó y oímos bonitos versos y una crónica, inventada por Palavicini, de la sesión previa de la nueva Cámara.

No se fue anoche Moisés García; sólo Grajales.
¡Y ya son 35 días de cautiverio!

En la primera noche de *tertulia*,
El doctor Puig, muy arrogante y pollo,
Nos recitó «Los Cólicos de Julia»
Por Vanegas Arroyo.

Al día siguiente,
Doblada la cerviz, turbia la frente,
Declaró la *tertulia* una simpleza,
Indigna de hombres serios, y entre llanto
Dijo: «Señores: olvidad mi canto»
Cursi de anoche; fue que mi cabeza
El cimientó perdió de cal y canto.

Hoy, señores, declaro que ninguno,
Con excepción de Dolz, a quien le tengo
Su cantidad de rosca, es oportuno,
Ni sabe leer, ni recitar, ni nada,
Sino que sois casi una manada
Que con desprecio veo desde el Olimpo».

Yo declaro, señores, que el nocturno
Mal que padece Puig, y con su venia,
¡Oh, doctor taciturno,
En español se llama neurastenia!

Domingo 16 de noviembre de 1913.

Abro el libro y leo:

El ponto es de azogue y apenas palpita.
Un pesado alcatraz ejercita
su instinto de caza en la presa.
Grave y lento discurre al soslayo,
escudriña con calma grotesca,
se derrumba cual muerto de un rayo,
sumérgese y pesca.

Acompañan a la música que vive en el «idilio» las notas melancólicas de «La Viuda Alegre», que medrosas me manda el cilindro que noche a noche viene a patentizarme que existe barrera entre los seres queridos y yo.

El cultísimo poeta, autor de ese «Idilio» engarzado en «Lascas», de la biblioteca obsequiada a la prisión por la viuda de Iturbe, el inspirado Díaz Mirón, vendió su alma al diablo; todavía peor, la amputó como Orígenes, y ya deforme, la puso al servicio, más bien la vendió como esclava a la embriaguez tinta en sangre. Se cumplió su destino anunciado a él por un chusco. Oíd:

Oigo decir de mi destino a un chusco:
«Talento seductor; pero perdido
en la sombra del mal y del olvido.
Perla rica en las babas de un molusco
encerrado en su concha y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco».

¡Qué decepción! Conociendo sus obras supe colocarlo muy alto. Y, oyendo su palabra culta, supe estimarlo.

En su compañía tomé una merienda el 15 de septiembre del pasado año en una pastelería de San Francisco.

Y ahora, ¡cuánto asco me produce!

Sin embargo, aprendí mucho de sus versos. El poeta es uno, y el esclavo, más bien dicho el eunuco, es otro. Con ellos justé hace poco en la «tertulia», que no fue de lo más animada. Y como es el termómetro y bajó en grados, indica que el meollo de las noticias recibidas no es consolador, a pesar de la renuncia del genízaro Garza Aldape, y también patentiza que no hubo visita, que nuestra alma no se asomó hoy por la claraboya de los afectos.

¡Seis domingos de encierro! ¡Oh, domingos!

Lunes 17 de noviembre.

He terminado la lectura de «La Llaga» en estos momentos, las nueve de la noche y en medio de un silencio de tumba. ¡Qué distintas máscaras tiene el señor Gamboa! Cuando en la rica hacienda de Tariácuri, Michoacán, leí «Mi Diario», me imaginé a Gamboa un gallardo hombre, lleno de vida y arrogancia. Cuando lo vi rastreando en la tribuna, al servicio de la pestilente *llaga* que él tanto conoce, pretendiendo ignorar los asesinatos de Rendón y Gurrión, ¡qué asco! Afortunadamente lo batieron con éxito Alardín y Estrada, y lo hubieran pulverizado sin la oportuna intervención del cínico Moheno, que pidió compasión para el *insigne literato*.

En «La Llaga» encuentro muchos pensamientos y expresiones de Zolá. Éste en «Naná», cuando acerca de aquella sala llena de mujeres, dice: «olía a hembra», Gamboa nos arrima a un taller de cigarros y nos dice: «salía un fuerte vaho a hembra». ¡Buen discípulo!

El candidato del Partido Católico ¿será católico? A veces parece sonreír con la sonrisa irónica de Voltaire. Oído:

«Mucho insistió el párroco cerca de Nieves; en la significación del latinajo *sub conditione*, implica el compromiso de que el administrado, caso de recuperar la salud, vaya y con-

fiese en sus cabales los pecados que por culpa de sus dolencias no pudo confesar; *bajo esa condición se le absuelve*; pero si con ella no se cumple, la absolución es completamente nula. ¡Quedarán, pues, entendidos!»

Y a veces parece soñar y salirse de la cloaca de alguno de sus relatos.

«Todos los descubrimientos trascendentales, las imperecederas conquistas, las altas empresas, los progresos benéficos, todo lo grande que de tiempo en tiempo se precipita y se derrama por las anchuras de la tierra, como una compasiva pentecostés, para purificarla, enaltecerla y aliviarla ha sido obra de soñadores; y son tantas nuestra ruindad y nuestra miseria, tal nuestro hábito de revolcarnos en la prosa y en los lodos, que al anuncio de uno de aquellos prodigios todos nos unimos y declaramos que el héroe que haya de consumarlo, es soñador e iluso....»

«...en México.... ha tocado la desdicha de que las pasiones desencadenadas tengan a sus hijos, cuando no en pesadillas, en vigiliadas angustiosas.... ¿que no?... él se lo demostraría con la Historia en la mano, con la historia nacional, que más parece martirologio....»

¡Martirologio al cual contribuyó a sabiendas como jefe de Gabinete!

«...la *llaga nacional* éranlo las autoridades, que hacía siglos pasan y pasan junto al pueblo y no acaban de abrirle los brazos, ni le reconocen todos sus derechos, y en las guerras lo mutilan, y en la paz lo menosprecian.... Los cómplices eran los ricos, los detentadores de los bienestares temporales, de los dineros y las industrias....»

Dejemos al señor Gamboa con sus amigos los *detentadores*, que lo postularon, y bajemos a mis miserias.

El día igual que todos, inmensamente largo, gigantemente largo, pesado y triste. Las noticias, subiendo y bajando la temperatura de los espíritus.

Hoy conocí el valiente y hermoso discurso del senador de Chiapas, doctor Belisario Domínguez, que le costó la vida y a nosotros el encierro. ¡Con qué espartano valor se ofrecía a ir a pedir la renuncia al Chacal, aunque lo devorara en un

arranque de demencia dipsómana! ¡Cuánto mártir del amo de Gamboa!

Después de comer fueron puestos en libertad Moisés García, que se desistió del amparo, y Faustino Estrada, que no se desistió. Fue como una competencia entre los dos jueces, muy noble si no fuera ordenada por el que los encadena.

Ya iba a comenzar la «tertulia» cuando oímos que se abría una puerta y pronto supimos que sacaban a Alardín. ¡Qué horas escogen para las diligencias!

Alardín regresó hace poco y nada logramos saber de él, sólo que el juez lo había llamado. No hubo, pues, «tertulia». Anoche, al cesar nosotros nuestra jácara, los que habitan el convergente se agitaron al calor de las canciones del Bajío, que alguien les cantaba en el tono propio del rumbo. A mí llegaban los ecos:

«Murió Valentín Mancera . . . », que me transportaron a Morelia, a mis tiempos de novio, cuando una vez entré al Hotel Central y oí cantar la misma canción y citar los nombres de Jesucita Llamas y Jesús Aceves, ligados a la leyenda de Valentín Mancera.

¡Y van 38 días!

Todavía hay por el aire un hedor que por la tarde se nos hizo insoportable. Nos explicaron que eran olores del horno crematorio que está cerca. ¿Qué chamuscarán? ¿Caballos, burros, perros o diputados? Un martirologio necesita, para ser grande y noble, un *horno crematorio*!

Martes 18 de noviembre.

¡Glorioso aniversario! Hace tres años que Puebla despertó al estrépito de las descargas de fusilería. El inmortal Aquiles Serdán, con un puñado de valientes y con tres señoras de su familia, tuvo a raya a toda la guarnición de la ciudad. Su nombre será venerado cuando las pasiones de partido bajen a los fondos del pantano. Serdán inició la reconquista de nuestras libertades y selló su «paso de las Termópilas» con su sangre generosa y la de los suyos.

¡Algún día llegará el reinado de la justicia!

Cuatro dieciochos tengo profundamente grabados en mis recuerdos, que corresponden a cuatro acontecimientos simbólicos: el atropello; la glorificación del pensamiento; la primera piedra de la libertad social, fundada en la libertad soberana; y el naufragio del honor y de las instituciones: 18 brumario; 18 de julio; 18 de noviembre y 18 de febrero.

Acerca de la última fecha, hace nueve meses que Huerta consumó su crimen firmando el pacto de la Ciudadela. Y como esta fecha recuerda acontecimientos tristes, porque hasta la glorificación fue por la muerte, parece que la atmósfera se contaminó y sólo malas noticias nos trajo.

Por añadidura nos vino la incomunicación de Alardín, determinada por el vengativo y asqueroso Pascual García, como su último acto para separarse del Juzgado. Estos católicos, fervientes adoradores del Santo Oficio, son los adecuados para impartir justicia al modo de los tiranos. ¡Cómo suspirará el santo varón por el potro y demás útiles del tribunal de la Inquisición para aplicárnoslos en nombre del Redentor del mundo!

¡Con razón la religión católica, toda amor, toda poesía, pierde adeptos, si sus pontífices los ahuyentan! Por supuesto que llamo pontífice al «Sapo», como cariñosamente llaman al juez, en sentido figurado, equivalente a *cabeza o cabecilla*.

No sabemos la causa de la incomunicación de Alardín; pero sin duda es baladí, como todas las que han servido para molestarnos.

Hoy salió libre el diputado Vicencio.

Esta mañana, y siguiendo la inspiración del celador Arroyo, que es el que mejor nos trata, pedí un baño termal, que me concedieron y quedé encantado de él y del sitio en que lo tomé. Queda del lado de donde tuve mi primer encierro, justamente atrás del «baño redondo» y en un recinto cuadrangular bastante espacioso, en el que hay un jardín muy risueño, con una calzada de árboles de más de sesenta metros de longitud.

El lugar es muy risueño, mucho más después de no haber visto vegetación alguna durante cuarenta días. En el centro del jardín hay un pozo artesiano que tiene 240 metros de

profundidad y del cual surten las tinas. El agua es caliente y azufrosa.

En el jardín paseaba el exadministrador de correos Larrea y leía a la sombra de un árbol el diputado Eusebio León, ambos reclusos en la enfermería, que está junto al jardín.

Cerca de ella está el departamento de presas. Actualmente hay cinco por delitos de lesa majestad (políticos).

Una de las señoras tiene allí una niña como de tres años, cuyo llanto oía yo en mi celda, y me imaginaba que eran de algún niño de los empleados. ¡En qué edad conoció los rigores de la prisión!

Desde mi otra celda veía las cornisas del baño termal y de la enfermería.

En la «tertulia» de hoy debutó el senador Gómez con una bella poesía.

Durante la comida, un banquete que celebramos entre ocho, Hernández Jáuregui nos recitó, como él sabe hacerlo, algunas de sus hermosas poesías.

Y hasta mañana, como dice el yucateco Novelo, a quien también le achacan el *diez ei nueve* y la *deúla*. ¡Cosas yucatecas!

Miércoles 19 de noviembre.

Hoy se cumple la cuarentena. Si fuéramos barcos procedentes de puertos infestados, hoy habríamos podido entregar la carga. ¡Pero somos procedentes de playas enemigas y la cuarentena bien puede elevarse a una potencia N! ¡Hay paño de donde cortar!

Tuvimos malas noticias y nos tocó presenciar la decepción de cinco compañeros que, con su licencia en la bolsa, no pueden salir del antro, porque sí.

Hoy cumplió Vera Estañol 40 años.

¡Cuarentena doble, más bien triple: 40 años de vida, 40 días de prisión y 40 toneladas de diablos que lo martirizan como a nosotros!

El ingeniero Tomás Ruiz de Velasco me obsequió un precioso libro titulado «El agua en la agricultura», escrito por

su hijo Amalio, aventajado alumno de la Escuela de Agricultura. Lo he leído con sumo agrado y espero me sea útil.

Ya terminó la «tertulia» de hoy y mis recuerdos del día.
¡Siempre igual, siempre monótono!

A instancia de Novelo escribí un pésimo soneto para el álbum de su hija Holda. Helo aquí:

A LA SEÑORITA HOLDA NOVELO

El que pidiera al cielo para tu frente
la vibración alada del frágil verso,
y al poema infinito del Universo
un conjunto de gracias iridiscente,

Colecta entre los bardos un contingente
gallardo, luminoso, pulido y terso,
que en el campo de Psiquis vaga disperso,
y formé una diadema para tu frente.

Con vibración alada de frágil verso,
un cáliz de loto, devotamente,
¡de la planta más pobre del Universo!

al conjunto de gracias iridiscente,
yo, Holda, el más humilde cantor en verso,
engasto en la diadema para tu frente.

20 de noviembre de 1913.

Fecha gloriosa.

Cuando estamos alegres, un aniversario grato es un día de fiesta; pero, cuando estamos tristes, es un duelo. El mío es doble hoy, porque hoy debí haber celebrado dos aniversarios: el de la insurrección de 1910 y el del nacimiento de mi hijita Josefina, que hoy cumple cuatro años. Como recuerdo triste, conservaré una fotografía que de los presos políticos tomó el compañero Luis Guzmán y en la cual recogí las firmas de todos ellos. Es un álbum que en mucho estimaré.

Estoy leyendo una obra de Anatole France: «Los dioses tienen sed», obra que empecé a leer en Morelia a instancias

de Manuel Ibarrola, que mucho se empeñaba porque leyera yo en francés. Útil, utilísimo es leer en lenguas extrañas a las propias; pero siempre que aquéllas se conozcan a fondo para apreciar y aprovechar sus bellezas; mas los chambones como yo, opinamos con Luis Ruiz Contreras, traductor de «Les Dieux ont soif», que el *gros public* con pocos conocimientos de lengua extranjera tiene a gala decir: «Me gustan los novelistas franceses, por ejemplo; pero he de leerlos en francés», ignorando el idioma literario.

«Brumetiere señaló de qué modo las lecturas literarias de idiomas extranjeros precipitan a la inteligencia en una vaguedad enfermiza. Nos acostumbramos a «entreverarlo» todo, a substituir borrosamente más de la mitad, a no precisar nada».

A ver si la traducción, que, según sé, es buena, me divierte más que el original. Y quedo obligado a perfeccionarme en otros idiomas para no hacer papel de tonto.

Termina la «tertulia» y me asalta la tristeza de mis aniversarios.

A las seis de la noche oí los veintiún cañonazos con que la tiranía trató de celebrar el advenimiento de las Cámaras esclavas.

Viernes 21 de noviembre.

Cada día que pasa y no se presenta la solución tan espada, nos parece que los acontecimientos han tomado sesgo tal que debemos conceptuarnos como irremisiblemente perdidos. Y no es doloroso ser víctimas en una causa tan noble como volver al pueblo sus libertades. No me podría morir, porque sé que la sangre inocente derramada por una idea es más fecunda que el mejor terreno abonado y preparado para recibir en su seno la simiente; pero me da miedo asomarme al porvenir y ver a los que dejo desamparados. Sin embargo, *Dios, que mantiene al pájaro en el campo*, no puede abandonar a sus criaturas, y yo sería tal vez la única víctima.

Para completar mi lúgubre cuadro interior, hoy supe que el doctor Joaquín Torres, mi amigo, que estaba recluso

aquí, porque siendo prefecto de Salvatierra cuando fueron fusilados unos presuntos *rebeldes*, él se horrorizó al ver el cuadro de la matanza, fue puesto en libertad, y hoy no se tenían noticias de él.

Además, los cinco diputados cuya libertad fue concedida por el juez primero, no han salido libres en virtud de que Gobernación los tomó bajo su caritativo patronato.

No se despeja, pues, el horizonte; más bien se entenebrece con esas y otras noticias peores.

Entretanto, durante el día nos hacemos ruido con nuestro concurso de ajedrez; durante la tertulia con los de sonetos, con buenas canciones y una que otra fábula, y a mediodía con espléndidos banquetes, que ya hemos hecho de rigor un grupo de ocho diputados, que reunimos nuestros manjares y nuestras tristezas y procuramos trocarlos en alegrías. La celda de Ramos Roa es la fonda, que bien pudiéramos llamar del «mosquete», en memoria de alegres cuanto desprovistos de escarcela, mosqueteros.

Y como la esperanza muere al último, esperamos que pase la eterna noche y mañana cambie el cuadro.

Viernes 5 de diciembre de 1913.

Reanudo mis Memorias dejadas el viernes 21 del pasado. Es tan monótona mi vida, que tendría que estar repitiendo todos los días lo mismo: mi despertar triste a las seis de la mañana; el despertar de la prisión media hora después con el ruido de las palancas que abren los primeros cerrojos de veinte celdas; el ruido de las llaves abriendo las segundas cerraduras a los que desean baño, que somos muchos; el baño en el tanque después de jugar pelota; la hechura de la cama; el desayuno; la vuelta al patio a platicar o jugar pelota, ajedrez o dominó; el regreso a la celda a comer y comentar las noticias del día; a las tres, vuelta al patio; a las cinco, a la celda a leer, cenar y dormir. ¡Vida animal!

Lo único notable, un concurso de sonetos, unos «juegos florales» en que se premió el mejor soneto dedicado a «Puerco Parado», el católico juez García. El premiado fue el del

doctor Cabrera. El *mantenedor*, Bordes Mangel. Las visitas nos fueron suprimidas y sólo nos las concederán cada ocho días. Los defensores sólo en día de visita nos podrán hablar.

Fueron castigados los celadores porque dizque nos llevaban y traían cartas.

El nuevo director de la Penitenciaría, teniente coronel Quiroz, nos puso de celadores a policías de la reservada, que sólo un día aguantaron, pues no sabían ni cerrar las puertas.

Nos quería obligar a recibir las visitas en «locutorios» para que sólo nos viéramos con los nuestros a distancia. Protestamos de la disposición, nuestras familias hicieron lo mismo, y las cosas quedaron como estaban: visita semanal; pero como las gentes.

Se nos ha dicho que seremos consignados al servicio militar. No nos importa; mientras mayores atropellos cometa el Chacal, más cercano está su fin y el triunfo de la Ley.

Tendremos otros «juegos florales» en que la víctima será el eunuco Díaz Mirón.

Dentro de cinco días, por fecha, tendremos aquí dos meses; por día y semanas, hoy.

¡Veremos mañana!

La lectura ha ocupado buena parte de mi tiempo. He leído las comedias de Bretón de los Herreros. Me hizo reír «Quién es ella», en que figura don Francisco de Quevedo; leí una primorosa novela de Laurent, llamada «Su hijo». Al leer el título nadie se interesa; pero al principio se lee entre paréntesis: «El Duque de Reichstadt»; esto ya anima; ¿quién no se interesa por saber algo de lo poco que la Historia consigna del *Aiglón*? La novela cautiva y entristece; el pobre hijo de Napoleón prolonga su desdicha hasta ultratumba; los únicos que lo querían y consideraban eran el archiduque Carlos y su esposa Luisa, padres de Maximiliano, el de Querétaro, cuando el *Aiglón*, su sobrino, agoniza. Laurent, que debe ser un bonapartista convencido, al poner el título a su novela «Su hijo», ni por asomo pensaría en que hubiera ser humano que preguntara:

—¿Hijo de quién?

Diría él con desdén:

—¿De quién había de ser...? ¡del Petit Caporal, único que puede ocupar mi galana pluma!

He leído una «Historia Universal» de Guillermo Prieto, que tiene sus errores y sus faltas gramaticales; y «Los Mártires», de Chateaubriand.

Esta noche leeré un volumen de poesías de mi compañero Novelo.

Miércoles 17 de diciembre de 1913.

«¡Hoy como ayer, mañana como hoy... y siempre lo mismo!»...

Igual y monótona, el mismo temor, la propia incertidumbre que velan sobre nosotros seguirán velando.

Ya sólo escribo notas cada ocho días. ¡Si nada tengo que añadir! Y, además, sólo la víspera de la visita puedo estar seguro de entregarlas; de otro modo podrían caer en manos *non sanctas*.

Los juegos florales en honor del «Gran Obelisco» (Díaz Mirón) no pudieron verificarse. Fue tan ruidosa la fiesta en honor de «Puerco Parado», que un natural temor nos obligó a diferir la del «Obelisco».

Mi verso es, procurando imitar el metro de «Idilio» (1).

(1) AL «OBELISCO»

Ilota es mi raza, ilota yo mismo,
que mucho que mi ojo discurra al soslayo,
corusca mi carne trivial espejismo,
sangre de lacayo
cadenas exige de mi pauperismo.

A la fuente Castalia mi boca
acercóse una vez por bicoca,
por nonada, por santa simpleza,
y tremaron los mundos atroces
por el parto de mi áurea cabeza,
por mis saltos y coces.

Engullí las anguilas de Beocia,
trasquilé los cabritos de Melos,

Ya terminé la «Historia Universal», de Prieto. Me recordó, entre otras cosas (1), un párrafo defendiendo a Atila que me llamó la atención (2). «Los mártires del orgullo», del vizconde de Chateaubriand, ofrecen multitud de reflexiones. Es una bella e instructiva obra que me ha cautivado, y sólo en algunos puntos geográficos me ha parecido poco cuidadoso; por ejemplo, dice (3): «las ciudades no están de tal modo que se

discurrí por la Focia;
el oráculo en Delos
anunció mi futura Hotentocia,
y yo, la boñiga, manchando los suelos.

No sé si el Olimpo, no sé si el Hymetos,
con la bruna roca de sus esqueletos
dejaron que lascas
mi cincel crispara, por mor de la furia
de las tempestades y de las borrascas,
de que mi alma siente pródiga lujuria.

Los dioses me matan de olvido
y siento el feroz resoplido
de fragua candente, que en cisco
la blancura de mi estro convierte.
¡Soy esclavo! ¡Dejad a la muerte
que sonrío en lo alto de un risco
a mi cambio en gigante obelisco!

MINOS.

(1) Andalucía (Bética), Vandalucía (de vándalos).

(2) «Atila se presenta en la Historia como un tirano cruel y sanguinario, un hombre feroz y casi salvaje, que hace la guerra por el mero placer de destruir. Atila era, por el contrario, un gran guerrero y un hábil político, que con la ilustración de Alejandro y si se hubiera hallado al frente de un pueblo culto, habría superado quizá al héroe macedonio. Díganlo si no sus alianzas, la buena acogida que en su reino se dispensaba a los griegos y romanos que en él se establecían, haciendo prosperar las artes y la cultura; dígalo su noble conducta con Teodosio II, que le mandó asesinar; díganlo Troyes y Roma, perdonadas por las súplicas de sus obispos». — *García Moreno*, (copiado por Prieto.)

(3) La paciente Éfeso, la afligida Esmirna, Pérgamo llena de fe, la caritativa Jiatara, Sardes, colocada entre los muertos; la Odisea, que debe comprar la blanca túnica, y Filadelfia, amada del que posee la llave de David.

puedan seguir según el trazo del texto, sino que sería necesario ir y venir para llegar a Bizancio, y Eudoro ya iba de prisa y no por recreo». En otra parte refiere otro itinerario (1), que comparado con el plano de las islas, resulta desordenado. Por último, hace ver desde Atenas (2) y en seguida habla (3); y como Atenas y Corinto están casi en el mismo paralelo y el golfo de Corinto muy al Norte, el Sol no puede ocultarse para Atenas sino en los montes del Peloponeso.

Se ha despertado aquí el estro: Palavicini me dedicó un soneto sentido y profundo (4); Zubiría me pidió unos versos para el álbum de la señorita Dolores Villarreal, de Duran-

(1) Leúcata, donde respira todavía el fuego de la hija de Lesbos; Itaca, erizada de rocas; Jacinto, cubierta de bosques; y Cefalonia, amada de las palomas.

(2) Desde Atenas..... en lontananza la Ciudadela de Corinto.

(3) Del Sol, cuyo agrandado disco se sumergía en las olas.

(4) EN LA CÁRCEL

A Pascual Ortiz Rubio.

Cavilando en la celda—penumbra incierta—
el humo del tabaco nubla mi vista,
y ensueños torturantes de hombre y de artista
se arrullan con el tardo toque de alerta.

Es la media noche. Silencio de muerte
la prisión mantiene que turba y contrista;
permíto al insomnio que hiera y persista
en la mente loca soñando despierta.

Y mientras, la noche sus horas transcurre
monótona y triste que enerva y aburre.
A volar muy lejos mi afán se decide

sin voz que proteste, ni clarín que vibre,
ni el muro resiste ni el hierro lo impide:
¡corred los cerrojos! mi espíritu es libre.

FÉLIX F. PALAVICINI.

Diciembre 12 de 1913.

Penitenciaría, celda 474.